

TEMA II: ETAPAS Y CONTENIDOS DE CADA ETAPA VOCACIONAL

La Palabra tiene un “rostro”. Tomamos conciencia del mismo. Jesús es “el que llama”. Nos perspectiva: **¿Qué nos dice el texto?** (meditación). También nosotros nos encontramos en la orilla. Somos conscientes que hay una multitud que busca a Dios, aunque no siempre por caminos adecuados, que crece en nuestra gente y en nuestros jóvenes el deseo de escuchar la Palabra de Dios. Por un lado, el proceso vocacional brota y se nutre del compromiso bautismal, por otro, plantear el misterio de la Vocación como itinerario implica reconocer que existe un punto de partida, un camino y una meta final. Nos centramos en el “sujeto” vocacional como ser histórico.

Proceso y etapas.

El término “proceso” viene del latín y refiere a un conjunto de acciones o actividades sistematizadas, coordinadas u organizadas, que se realizan [-alternativa](#) o [simultáneamente](#)- con un fin determinado. El término tiene significados diferentes según la rama de la [ciencia](#) en que se utilice. De la presente definición destacamos tres elementos: a) hablamos de acciones y actividades; b) estas se realizan sistemáticamente, en forma coordinada y organizada; c) persiguen un fin.

Podemos hablar de procesos psicológicos, pastorales, espirituales y vocacionales. El proceso psicológico es el camino entre el yo real y el yo ideal. Su fruto es la identidad personal. Desde el punto de vista pastoral distinguimos eventos de procesos. Los primeros se realizan en un tiempo y un lugar determinado. Están dirigidos a grupos o masas. Los procesos pastorales suponen objetivos, tiempo, mediaciones y están centrados en las personas. Algunos incluyen cierto tipo de eventos. Éstos, no siempre forman parte de un proceso. Nos preguntamos: ¿Proponemos eventos o procesos en nuestras pastorales?

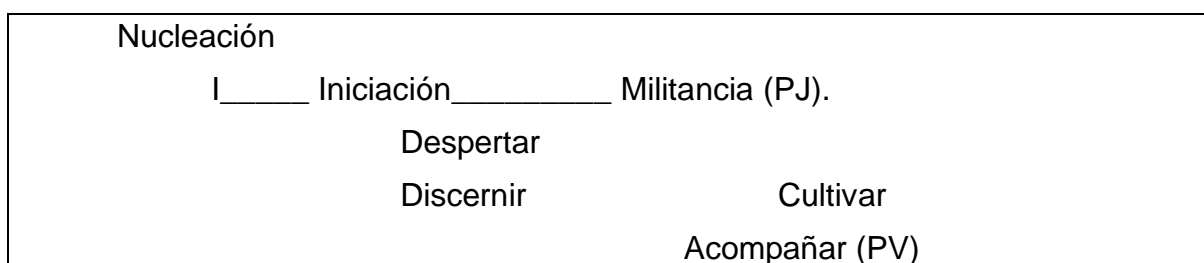
Aparecida habla de distintos procesos. Indica que pueden ser: culturales (Cf. DA 45), globales (Cf. DA 61), de movilidad humana (Cf. DA 73), electorales (Cf. DA 74), de inculturación (Cf. DA 94), de trasmisión de la fe (Cf. DA 204), de conversión (Cf. DA 245), de crecimiento (Cf. DA 249), de formación (Cf. DA 276), de discernimiento vocacional (Cf. DA 294), catequéticos (Cf. DA 298), de iniciación cristiana (Cf. DA 300), en los seminarios (Cf. DA 319), educativos (Cf. DA 334, 337 y 338), de renovación misionera (Cf. DA 365), de evangelización (Cf. DA 399), de re-educación de presos (Cf. DA 427 y 429), de acompañamiento vocacional (Cf. DA 446), de formación permanente (Cf. DA 518), de integración de países (Cf. DA 528), etc.

El proceso espiritual es una actitud permanente de búsqueda y de concreción de la voluntad de Dios. También el misterio de la Vocación es un proceso, pues

incluye un tiempo de búsqueda, discernimiento, mediaciones, acciones coordinadas, actividades, opciones, objetivos y propuestas formativas. El proceso vocacional ha de ir acompañado de procesos pastorales y espirituales previos, paralelos y complementarios. Supone la fe, presumen la oración y la vida espiritual. Conduce al servicio, la entrega y el compromiso. Es un tiempo de crecimiento, maduración y conversión. El marco del proceso vocacional es la Iglesia y su misión.

El punto de partida es el nacimiento natural y el nacimiento sobrenatural. El bautismo nos compromete con el estilo de vida de Jesús, los valores del Reino, una espiritualidad de filiación y fraternidad. La meta es la realización personal y la santidad. Entre el punto de partida humano-cristiano y la meta, se impone un proceso. En efecto, la Iglesia -asamblea de convocados- ha de proponer acciones, itinerarios, etapas, que permitan a cada uno, llegar ser lo que Dios les pide.

Los procesos vocacionales están íntimamente relacionados con los catequéticos y juveniles. El punto de encuentro entre la Pastoral Juvenil y la animación vocacional es la elaboración de un proyecto de vida. ¿Cuándo proponerlo? Por un lado, Pastoral Juvenil piensa un proceso en tres etapas: nucleación, iniciación-crecimiento y militancia. Por otro, el servicio de animación vocacional-pastoral vocacional indica cuatro etapas a partir de Cartago: **despertar, discernir, cultivar y acompañar** la Vocación. No puede haber Pastoral Juvenil sin animación vocacional. Surge la pregunta: ¿Cuándo tender puentes? Opinamos que en la segunda etapa de Pastoral Juvenil, es decir, a partir de la etapa de “iniciación-crecimiento”. Siguiendo a Cartago podemos hacer la siguiente propuesta integradora:



Coincidimos con Dutra Pessoa y afirmamos que el proceso vocacional pasa por etapas: descubrimiento de la vocación (despertar), maduración (discernir) y confirmación (cultivar). La clave de la primera etapa es el comenzar a “buscar” la propia vocación. En esta etapa es fundamental despertar la conciencia bautismal; es una etapa en la que proponer encuentros, retiros, momentos de oración. Es un tiempo de “primera conversión” y de resolver las primeras crisis, dificultades, tensiones (Dios me pide “esto”, pero yo deseo “aquello”). Es tiempo para ayudar a vivir en comunidad y para realizar las primeras opciones.

La etapa de “maduración” es, propiamente, la del discernimiento. Halamos de una madurez humano-cristiana-eclesial, de una exploración vocacional. En esta etapa son claves los textos bíblicos vocacionales que iluminan -incluso los noviazgos- y conducen a “la” opción. Es tiempo de “segunda conversión” que se continuará en la etapa siguiente. Aparecen deseos de “huir” y de compromiso. Es fundamental el acompañamiento vocacional personalizado.

Etapa del “despertar”.

La temática fundamental de la etapa es la dimensión humana o antropológica y la dimensión cristiana o bautismal de la vocación.

Pensamos en jóvenes que ya hayan cumplido los dieciséis - dieciocho años; generalmente ya han cumplido los veinte años. Preferentemente son jóvenes que están agrupados y tienen un cierto sentido de pertenencia al grupo, la parroquia o el movimiento. Entre la familia -hoy fragmentada- y una compleja red de vínculos donde encontramos amigos, compañeros de trabajo y/o estudio, vecinos, profesores, etc., se hace necesario un espacio intermedio, capaz de generar vínculos personales: **el grupo juvenil**. Es un espacio mayor que la familia y menor que un centro educativo. Aporta auto-conocimiento, vínculos, conciencia de los problemas sociales, experiencia de trabajo en equipo y de pequeñas opciones. Contribuye a la vivencia de un Cristo joven y de una Iglesia viva. Desde él se descubre la comunidad mayor: la Parroquia y, desde ella, la Iglesia. Se descubre una fe comprometida y se pasa de una visión ingenua e idealista de la Iglesia a una visión más real, a la experiencia de “ser Iglesia”. Se pasa a la importante experiencia de orar, hacer análisis de realidad, juzgar desde la Palabra de Dios y actuar. Se hace la opción por los valores de Cristo. Esto será fundamental para el proceso vocacional. En esta etapa es importante descubrir la Pastoral de Adolescentes, la Pastoral Juvenil o el movimiento. Por eso, es recomendable que los grupos participen -junto a otros grupos- de misiones, servicio a los pobres, campamentos de trabajo, etc. En cada uno de ellos es fácil observar líderes y jóvenes con inquietudes. El grupo genera interrogantes y pone a cada uno en actitud de búsqueda. A ellos se les puede proponer comenzar un proceso vocacional-espiritual.

Tres elementos sobresalen durante la primera etapa y constituyen el despertar vocacional: la búsqueda de la identidad personal, la conciencia del compromiso bautismal y el descubrimiento de que cada uno “tiene” vocación. La psicología moderna opina que la personalidad se forja entre el nacimiento y los siete años de edad y que, en la adolescencia, se da como un nuevo nacimiento. Lo

experimentamos en la vida pastoral. En esta etapa se da un redescubrimiento de uno mismo, de los otros y de Dios. Este conocimiento progresivo no es lineal. Se da en medio de dificultades, pruebas y crisis. Durante la adolescencia y la juventud se consolida la identidad personal. Aparece -entre muchas dudas- el tema de la profesión y de lo que se va a hacer. Para ello, se exploran las propias cualidades, capacidades, potencialidades y se establecen vínculos que serán importantes para la búsqueda. La motivación principal es a “hacer algo”, más que a “ser alguien”. Simultáneamente, comienza la reflexión sobre el futuro y la Vocación personal. En términos espirituales, se redescubre el compromiso bautismal, se da una primera conversión y una vivencia de la comunidad eclesial. Surge el sentido de pertenencia a una comunidad concreta. En esta etapa es importante el servicio de animación vocacional-pastoral vocacional.

Un tema transversal en los procesos”: Vocación y profesión.

Es importante distinguir profesión de Vocación. **Profesión**, o vocación con minúscula, es un aspecto de la vocación, pero no es “la” vocación. Tiene relación con el “**hacer** y el saber hacer”. Supone una actividad que incluye un período de capacitación -corrientemente en un centro de estudios especializados- en atención a las cualidades personales. Se expresa en un título profesional y en muchos casos, en un grado académico. En términos generales, en una profesión se integran de manera más o menos armónica los intereses y las aptitudes personales. Coincidimos con Super que afirma que la profesión es la realización del concepto que la persona tiene de sí misma, lo que indica un proyecto de auto-realización. Tiedman y O’Hara dicen que la profesión es auto-desarrollo del yo-en-situación. El yo-en-situación sería la identidad del yo. Aquí ubicamos todas las profesiones: enfermera, maestro, carpintero, etc.

Holland y Roe indican que la profesión se vincula a la personalidad y describen seis tipos de personalidad: 1) realista, 2) intelectual, 3) social, 4) convencional, 5) emprendedora y 6) artística. Así, una personalidad realista puede inducir al estudio de ciencias sociales o una personalidad empática a estudiar psicología. Para los citados autores, la estabilidad profesional está en relación con el grado de integración de la orientación profesional o laboral. Si la persona integra a su vida la profesión u oficio logra un grado de auto-realización y de satisfacción importante. Algunas veces, la elección de la profesión tiene su raíz en el contexto y en la influencia de la propia familia. Así, la hija de una maestra puede elegir la profesión de su madre.

Vocación -o “Vocación” con mayúscula- es el término que designa una realidad más amplia. Abarca el proyecto vital, implica el llamado que cada uno recibe de parte de Dios y la respuesta que da a lo largo de la vida. Determina el **ser**.

Dios se manifiesta en las situaciones históricas, del mundo y de la cultura contemporánea. A la vez, desarrolla las cualidades y talentos de la persona. La Vocación es **yo-en-situación en el contexto de la historia de la salvación**. Es llamado-voluntad de Dios que **habla desde la realidad y desde las cualidades que Él mismo da para la misión**. Es respuesta que involucra a la persona y se realiza en la historia. La escuela de Rulla afirma que la Vocación es la realización del ideal de sí mismo y no del concepto de uno mismo que, como ya dijimos, corresponde a una profesión. El yo ideal es mucho más que un mirarse con auto-aceptación, es **motivación que hace trascender el yo-real para que llegue a ser yo-ideal o ideal vocacional**. El ideal vocacional incluye los ideales propios y los ideales que la Iglesia tiene para esa Vocación particular. El paso del yo-real al yo-ideal supone un **proceso**.

Mientras que la profesión u oficio supone vacaciones y jubilaciones, la Vocación es para siempre; una madre es madre para siempre. Se puede ser maestro -o maestra- por un tiempo, en cambio una madre nunca se jubila de madre, sólo cambia su actitud ante el hijo.

Constatamos una dificultad durante el proceso vocacional y, en especial, en esta etapa: discernir entre profesión y Vocación. La elección es entre dos o más profesiones por un lado y entre dos o más vocaciones por otro. Aunque las opciones se den simultáneamente, es distinto elegir entre estudiar ingeniería o abogacía y contraer matrimonio con esta o aquella persona. Tampoco es lo mismo responder a Dios desde el sacerdocio o desde la vida matrimonial. La búsqueda de la voluntad de Dios se ha de hacer, pues, desde realidades diferentes ya que una afecta el hacer y la otra al ser.

En esta etapa, la Animación Vocacional (SAV) puede invitar a reflexionar y a que cada uno se descubra en “estado vocacional”, es decir, ante el desafío de comenzar una búsqueda vocacional en sentido amplio. El proceso parte de la realidad de cada uno-en-situación. Invita a la búsqueda y a la construcción de la identidad personal (¿Quién soy?). Genera interrogantes como: ¿Qué es la vida?, ¿cómo deseo vivir?, **¿cuál es el sentido de la vida humana y, en especial, de mi vida?** Durante el proceso se ha de ver con claridad el concepto de Vocación y de profesión. El segundo aporte consiste en ayudar a descubrir los propios talentos pues el proceso lleva a la misión (sentido de vida), propone la vivencia profunda del amor (¿**Para quién vivir?**) y se realiza en el tiempo, en lugares concretos y en la historia. Incluye dos preguntas fundamentales: ¿Quién es Dios? y ¿qué respuesta me hará feliz? Tanto el llamado como la respuesta se dan en un contexto de fe y a partir del **encuentro con Cristo Vivo**.

Etapa del discernimiento vocacional

La temática fundamental de la etapa es la **dimensión cristiana o bautismal y la dimensión específica o eclesial** de la Vocación.

Estamos ante un tiempo de **maduración y elección**. A ella se retorna, dinámicamente, a lo largo de la vida. En esta etapa del proceso, la sociedad y la cultura presentan “camino infinitos”. Es una característica de nuestro tiempo. También, muestra obstáculos y tentaciones, como seguir siendo adolescentes, individualismo, superficialidad o una elección provisoria. Pueden ser obstáculos para la decisión vocacional: la imagen de Dios, la auto-percepción, la baja auto-estima, la dificultad para amar o de dejarse amar, vínculos no sanos que no han sido trabajados, el temor a equivocarse o ciertas condicionantes ambientales. La decisión ha de permitir que cada uno sea protagonista de su propio futuro. Por eso, es importante que el Servicio de Animación Vocacional (SAV) y la Pastoral de las Vocaciones (PV) ofrezcan un clima de acogida y la posibilidad del acompañamiento vocacional-espiritual personalizado, de tal manera que el joven pueda encontrar un espacio para confrontar su proceso. Es la etapa de los retiros vocacionales, de la exploración de vocaciones específicas y, a la vez, de las crisis, las dificultades, los noviazgos. A veces, aparecen síntomas de inseguridad o miedos. También, es la etapa también del testimonio. Éste surge del encuentro con Cristo Vivo, la integración a la comunidad, la vivencia de los sacramentos, la oración personal y el servicio de la caridad. La opción implica “tomar la vida en las manos” y optar por un estilo de vida.

Tercera etapa del proceso: cultivo de Vocación personal y comienzo de la formación inicial

La temática fundamental de la etapa es la **dimensión bautismal- específica o eclesial** de la Vocación. La motivación inicial que antes permanecía unida a otras motivaciones se hace clara y el núcleo integrador de la personalidad. Algunas motivaciones deberán clarificarse, purificarse o completarse. Una Vocación consagrada comienza, por ejemplo, por la influencia positiva de personas significativas -sacerdote, consagrado/a, educador, o madre- por una experiencia de fe “fundante” como la misión o el voluntariado, una situación límite que ayuda a reflexionar, una lectura, un retiro, el ingreso de un amigo a la casa de formación, etc. Algunas motivaciones iniciales deberán purificarse o completarse con el tiempo¹.

¹ Recuerdo a “A” que ingresó a una casa de formación pensando que era la única forma de seguir a Cristo en profundidad. Progresivamente descubrió el valor de cada Vocación y el que todas ellas son formas de seguir a Cristo. Fue así tomando conciencia de que realmente el Señor lo llamaba al sacerdocio. Su motivación inicial se había clarificado y purificado. Recuerdo también una persona a la que llamaremos “B”. Sintió que Dios lo llamaba a la vida

La opción por un estado de vida causa consolución: paz, alegría, aumento de fe, esperanza, caridad, etc. Szentmártoni afirma que la Vocación se descubre entre los doce y los dieciséis años, aunque se la concreta varios años después. El autor agrega que, cuando hablamos de vocaciones adultas, estamos más bien hablando de un descubrimiento tardío de la propia Vocación. En la presente etapa el joven tiene ante sí un triple desafío: crecer como persona, como discípulo misionero de Jesucristo y concretar su Vocación específica.

Cuarta etapa del proceso: acompañamiento durante la formación permanente

La temática fundamental de la etapa es el tema de la fidelidad². El proceso de crecimiento personal, discipular y eclesial toma un “nuevo sentido” gracias a la opción vocacional que permite re-significar la vida y asumir una nueva forma cultural de ser.

sacerdotal y dio su primera respuesta. Durante el camino formativo tomó conciencia que, aunque había cambiado su geografía, seguía siendo el mismo. Era el “viejo B”. El “nuevo B” le exigía crecer como persona, madurar su dimensión afectiva, ser más responsable en el estudio, tomarse en serio la oración, procurar ser más libre y vencerse a sí mismo en algunos aspectos. “B” descubrió que debía organizar sus tiempos, cambiar el método de estudio, aprender nuevas formas de oración, superar su timidez, ensayar nuevas formas de interacción.

Las tres dimensiones de su Vocación: la humana, la cristiana y la específica lo desafiaban a cambiar, a ser mejor. También quien opta por la Vocación laical-matrimonial es llamado a un cambio. Asumir con responsabilidad el matrimonio y una familia exige atravesar fronteras donde la persona, el discípulo, el profesional intentarán ser mejores. La respuesta es siempre dinámica. Mientras el sujeto realiza su proceso humano-cristiano, se forma para un estado de vida.

² Bibliografía: 1) Silva C., “Vocación: don, identidad y misión”, Montevideo 2008. 2) “La Pastoral Vocacional en el Continente de la Esperanza”, Itaici, Bogotá 1994. 3) Otros: Cencini A., Cómo educar y en la fe y en la elección vocacional. II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones, Cartago, Costa Rica; Documento Conclusivo, Publicaciones CELAM 2011. Cuadernos del Instituto de Pastoral Vocacional, Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, Buenos Aires, especialmente número 17; Deville R., “El Dios que llama”, Montevideo 1981. Dho G., “Pastorale ed Orientamento delle vocazione”, Roma 1966. Giordani B., “Risposta dell' uomo alla chiamata di Dio”, Roma 1979. Gianola “Dialogo con Dio e sviluppo della personalità”, en Rogate Ergo 45 (1982), 11 y 8- 20. León- Dufour X., “Vocabulario de Teología Bíblica”, voz Vocación y voz Voluntad de Dios, Barcelona 1976. Rulla L., “La vocazione: dialogo di Dio con la persona”, Roma 1979. Rocco U., “Diccionario enciclopédico de teología moral”, voz Vocación, Madrid 1980. Szentmártoni M., “Psicologia della vocazione”, Roma, 1990- 1991. Zueco V., “Una propuesta vocacional para la Pastoral Juvenil”, Boletín OSLAM 44 (2004), 49- 77; www.catholic.net/vocaciones.

Para el trabajo personal:

1. ¿Qué etapas percibimos en los procesos vocacionales que acompañamos?
2. ¿Cuáles podríamos proponer?
3. Recoger las etapas de la propia Vocación.

Procesos, etapas y contenidos

Continuamos la Lectio de Lc 5, 1- 11. La Palabra tiene un “rostro”: Jesús es el que llama a una misión personal y a la vida eclesial. Nos invita a ir mar adentro y a ser pescadores de hombres. Una vez más nos interrogamos: ¿**Qué nos dice el texto?** (meditación). Nos planteamos ahora el itinerario formativo y sus contenidos.

El II Congreso Internacional: “Desarrollo de la Pastoral Vocacional en las Iglesias particulares: experiencias del pasado y programas para el futuro”, Roma 1981, había dicho que el proceso vocacional “se realiza **especialmente en la comunidad parroquial**” (número 43). El Primer Congreso Latinoamericano de Pastoral Vocacional celebrado en Itaici, Brasil en 1994 pensó el proceso vocacional en tres etapas: **despertar, discernir y acompañar la Vocación**. El II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Pastoral Vocacional celebrado en Cartago, Costa Rica en 2011 pensó el proceso vocacional en cuatro etapas: **despertar, discernir, cultivar y acompañar la Vocación**. Siguiendo a Cencini subdividió la etapa del discernimiento en dos: discernir y cultivar. Dice textualmente: “*lo específicamente vocacional se explicita en estas etapas:*

a. Despertar para la percepción de la buena semilla de la vocación, a partir del kerygma sobre Dios Padre que ama y llama en Jesucristo por el Espíritu Santo a la gran verdad de los relatos evangélicos típicamente vocacionales: ganar la vida entregándola.

b. Discernir las señales del llamado para auscultar sus voces y distinguir sus caminos, no profesionales sino vocacionales.

c. Cultivar el sentido de la vida como don y tarea, como llamado y misión, como discipulado y anuncio.

d. Acompañar en la escucha de la Voz de la Palabra que llama, en el encuentro con su Rostro -Jesucristo en los pobres-, en la vivencia en su Casa que es comunión eclesial y comunidad vocacional formativa y en el recorrido de sus Caminos que son proyección vocacional por medio de la entrega (CR 76).

1. Etapa del despertar

Procura **sensibilizar** a niños, adolescentes y jóvenes sobre el tema vocacional. Consiste en la presentación de la vocación humana, bautismal y específica, con sus tres grandes opciones de vida. Propone la toma de conciencia de que Dios Padre nos llama a ser personas, Dios Hijo nos llama a ser discípulos y Dios Espíritu Santo nos llama a una Vocación-misión específica (Cf. CR 63). En términos espirituales, la etapa supone una actitud de búsqueda, apertura y necesita del aporte específico de la Animación Vocacional (SAV).

Objetivo principal: despertar la búsqueda vocacional.

Cada uno ha de pasar del “soy lo que espero tener” al soy “lo que puedo desear y aprender”, hasta llegar al “soy lo que puedo ser”, al decir de Erikson. Cada uno ha de abrirse a lo que Dios le pide, **descubriéndose en proceso vocacional**.

Primer objetivo específico: elaborar la identidad personal y afirmar la vocación humana. Supone que cada uno opte por ser y se proyecte hacia el futuro, pueda crecer y vencer la tentación de ser eternamente adolescente, logre salir de sí mismo para encontrar el “tú” y trascender, de un sentido a su vida y consiga vivir desde metas y valores propios, integrando su historia personal

Segundo objetivo específico: optar por Cristo y la escuela del discipulado. Supone asumir el bautismo y la vocación cristiana, el estilo de vida del Maestro y las bienaventuranzas, el esfuerzo por participar de una comunidad de discípulos y el compromiso con los más necesitados

Tercer objetivo específico: diferenciar profesión de Vocación y conocer los distintos estados de vida. Supone libertad interior (apertura vocacional), responsabilidad (coherencia en la respuesta) y fidelidad (concreción

La temática gira en torno a la vocación humana y bautismal. Incluye el compromiso pastoral. Al comienzo aparece una **inquietud**: “me gustaría...”, “podría ser”... o una **imagen motivadora** (“me gustaría ser como...”). La primera inquietud puede ser fruto de una fuerte experiencia de fe, una conversión profunda, el deseo de crecer, la necesidad de dar testimonio o las exigencias del grupo. Por lo general, la motivación inicial desencadena un proceso de búsqueda vocacional.

¿Qué corresponde al servicio de animación vocacional (SAV)? Proponer actividades que muevan a la reflexión y a la búsqueda. La propuesta ha de tener en

cuenta las características de cada edad y ciertos criterios pedagógicos³.

³ Edad: 8 a 10 años. Características: el niño es sensible al compañerismo, la amistad, el perdón y la solidaridad. Necesita tener -aunque no siempre sucede- una buena relación con la familia. Requiere espacios y tiempos para la recreación. En términos religiosos, es atraído por ciertas imágenes y tiene una oración sencilla, espontánea. Le gustan las narraciones bíblicas y puede tomar algunos personajes de la Biblia como modelo. En términos vocacionales es importante que perciba el llamado a conocer, seguir y querer a Jesús. Para ello proponemos: fomentar la lectura y ver películas religiosas, representar escenas bíblicas, tener momentos de oración personal, participar en las celebraciones litúrgicas.

Edad: 11 a 13 años. Características: necesidad de ser acompañados en experiencias nuevas como secundaria, de tener figuras familiares cercanas y con identidades sexuales cerradas, de integrar un grupo de amigos, de encontrar espacios de creatividad y diversión. Poseen deseos de paz, amor, amistad, solidaridad y cercanía. A nivel religioso van formando -o deberían formar- la conciencia de bien y mal, afirmando valores propios. Es la etapa de nuevas respuestas religiosas: las suyas. A nivel vocacional, la búsqueda de identidad lleva a ciertas motivaciones como: "quiero ser como..." En esta etapa proponemos: integración al grupo eclesial y/o al grupo de monaguillos, cultivar la oración personal y comunitaria, la responsabilidad en el sacramento de la reconciliación y la Eucaristía, la escucha de la Palabra de Dios y la cercanía concreta a quienes sufren. El contenido fundamental a transmitir es: "llamados a valorar la vida y la amistad". Otros temas a tener en cuenta son: el grupo, la amistad, la familia, la vida, el crecimiento, la sexualidad, el peligro de las adicciones, la fe, hombres y mujeres de fe en la Biblia, Jesús, la Iglesia (la Parroquia), el perdón, la reconciliación, la Eucaristía...

Edad: 14- 16 años. Características psicológicas: búsqueda de identidad personal, sexual y de valores, especialmente autoestima, amistad, seguridad, libertad, equilibrio, justicia, servicio. Por lo general son soñadores, sensibles, críticos, imitadores. Toman conciencia de sus heridas. Necesitan figuras significativas y definidas, vínculos cercanos, afirmar los comportamientos éticos y estéticos. A nivel religioso tienen necesidad de un encuentro con Dios desde nuevas categorías para comenzar una nueva forma de oración y de búsqueda religiosa. A nivel vocacional es el momento de presentar las distintas vocaciones de la Iglesia. El objetivo es: ayudarlos a crecer como personas, a que cada uno se conozca, valore y construya, a expresar los propios sentimientos y vivencias a través de gestos y signos, a buscar el encuentro con Jesús-Amigo en una Iglesia "viva". Un tema impostergable en esta edad es lo afectivo-sexual, sobre todo en países, donde el Estado propone la "educación sexual" sin los valores del Evangelio. En algunas regiones comienzan a esta edad la preparación al sacramento de la Confirmación. Es un tiempo de grandes tentaciones y, también, de formación y compromiso eclesial. Es importante ayudarlos a descubrir el dinamismo de los sacramentos, la oración y de la Palabra de Dios para orientar una etapa de cambios profundos.

Edad: 17 y 19 años. Características psicológicas: identificación personal y afectivo-sexual, desarrollo de la autoestima, experiencia de amor personal, búsqueda de la propia identidad, socialización, deseo de libertad. Valoran la naturaleza, la fiesta, la comunicación y el tiempo libre. Algunos buscan moverse en torno a valores y dar un sentido a sus vidas. Otros presentan: carencias afectivas, de integración afectivo-sexual, relativizan los valores, poseen indecisión profesional o se evaden a través del alcohol, la droga, el sexo, la violencia, la TV o internet. En esos casos es prioritario ofrecer alternativas de maduración. A nivel religioso pueden tener una fuerte experiencia de Dios desde lo simbólico. A veces, presentan una fe poco cuestionada y cuestionadora. Necesitan testimonios, más que palabras. El servicio de animación vocacional (SAV) ha de ofrecer espacios de maduración personal y grupal, de formación cristiana, de encuentro con Cristo. Ha de proponer asumir la vida como Vocación que pide una respuesta de fidelidad y compromiso en la Iglesia y en el mundo. Puede proponer, en comunión con las parroquias o los movimientos eclesiales, experiencias para la construcción de la propia personalidad, posibilidad de buscar y dar un sentido a la vida, servicio misionero o voluntariado, oración en torno a la Palabra de Dios, etc.

Edad: 20 años en adelante. Características. Más allá de su cultura, los jóvenes tienen interrogantes a las que desea encontrar una respuesta adecuada. La búsqueda es señal de vitalidad, crecimiento, deseo de identidad. Les plantea una primera y fundamental opción: ser o cerrarse en un yo consumista, narcisista, insensible, evasivo... Les concede la oportunidad de una nueva opción

Dos temas prioritarios son el llamado a ser personas y la vocación bautismal. Podríamos resumir ese contenido de la siguiente forma: "llamados a crecer en la fe y el amor". En esta etapa proponemos: presentar las distintas vocaciones de la Iglesia como importantes y complementarias. Dios llamará a cada uno a ser laico, sacerdote o religioso-consagrado.

Otros temas son: amistad, noviazgo, educación sexual desde el amor, las dependencias (especialmente alcohol y droga), no-violencia, compromiso con el grupo, la familia, la naturaleza, leyes actuales y la Iglesia. Los cambios psíquicos, físicos, afectivos, sexuales, culturales, la aceptación personal y la auto-estima, los valores y las opciones que se van haciendo.

Contenidos de la etapa del despertar

El número 63 del II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Vocaciones es clave. Afirma que: *Dios Padre nos llama a ser personas y a darle sentido a la vida.*

El primer contenido básico es el llamado a ser personas. Es uno de nuestros dos "cimientos" para decidir luego la propia opción de vida. Es la **vocación fundamental**. La vida es un don y un misterio. No depende totalmente de nosotros, pero somos responsables de ella. Hace unos años fui invitado a orientar un retiro vocacional en una parroquia de campo. Al llegar el párroco me dijo: "hubo un intento de suicidio. Habla del valor de la vida". Es una época caracterizada por una crisis de sentido; nosotros podemos darle un sentido unitario (Cf. DA 37- 38 y 42). La pregunta existencial que está en la base de tal desafío es: ¿**Para qué vivir?**

La antropología teológica nos dice que la vida viene de Dios que es Padre y Creador y que va hacia Él. La antropología filosófica nos indica que encierra el llamado a ser personas. Estas dos verdades se complementan. Es la dimensión humana o antropológica de la vocación.

Cada sujeto puede preguntarse a sí mismo: ¿**Quién soy yo?** y puede responder diciendo: soy un cuerpo, un cuerpo sexuado. Por él entramos en relación con el mundo y tenemos conciencia de espacio. A la vez, soy un ser inteligente, entendiendo aquí inteligencia como capacidad de reflexión y de conciencia. Soy capaz de saber quién soy y decidir que haré y seré en la vida. Soy capaz de conocer y de conocerme, de comprender y de comprenderme, de buscar la verdad y de

por Jesucristo. El acompañamiento en esta etapa consistirá, fundamentalmente, en despertar a los "por qué", a la reflexión, al deseo de construir la propia vida, a la necesidad de hacer un proceso vocacional. Ciertamente, esto no es fácil.

oponerme al engaño.

La visión global del hombre nos indica que es ser-en-relación. Hablando desde la fenomenología podemos decir que tomamos conciencia de quiénes somos cuando entramos en relación con el otro. Cada uno se reconoce a sí mismo desde el otro y desde los otros. En el encuentro con el otro descubrimos realmente quienes somos y nos ponemos en contacto con nuestro verdadero ser. El tú es el punto de partida del propio conocimiento. Nos construimos a nosotros mismos diciendo: "tú". Desde el tú afirmamos nuestro yo. Desde el otro y los otros nos descubrimos a nosotros mismos. El reconocimiento del tú es el punto de partida de la propia identidad. Es, por ejemplo, la experiencia de la amistad. Del encuentro, cada amigo sale distinto y enriquecido. El amigo permite reconocer el misterio más profundo de uno mismo. San Elredo de Escocia afirma que la verdadera amistad es espiritual y supone sentimientos y razón. Cada uno se auto-conoce y es auto-consciente cuando encuentra a los amigos. De ahí, la importancia de la amistad y de los amigos en la vida. Se crece con y gracias a ellos.

El hombre es un ser capaz de amar y de ser amado, es comunicación de personas y es reconocimiento del yo personal que se descubre diferente al encontrarse con el yo amado. Así como un niño se descubre diferente cuando su madre y familia pronuncian su nombre, cada uno se encuentra a sí mismo cuanto su nombre es dicho por quienes lo aman: familia, amigos, novia, novio, hijos. A diferencia del positivismo de Comte que decía que el hombre individual es una abstracción y que lo concreto es la humanidad, creemos que la persona es sujeto consciente y que su mayor conciencia es la de amar y ser amado. Lo concreto son personas que amamos y nos aman. El amor nos descubre diferentes y capaces de comunión. El amor lleva a la felicidad. Por la amistad y el amor, el hombre, la mujer, se transforma en un misterio de auto-conocimiento y auto-donación. Ni el amor ni la amistad son búsqueda de uno mismo, sino entrega. Ellos son los verdaderos vehículos de la relación inter-personal, del movimiento hacia el tú y el nosotros. Sólo quien ama y es amado llega a experimentar la vida en plenitud. Cada uno ha de descubrirse: ser-para-los-otros. Somos conciencia de potencialidad, afecto y posibilidad de trascendencia. También somos límite, debilidad y sufrimiento.

Max Scheler en su "El puesto del Hombre en el cosmos", diferencia entre persona e individuo. El último se adapta al medio, está masificado. La persona es capaz de transformar y dar un sentido a su vida. Asumimos este concepto y, con Marichal, afirmamos que el individuo se relaciona desde el conflicto y usa a los demás. Está solo en la sociedad, es egocéntrico, autoritario y busca imponerse. Se siente perseguido, se mueve según sus necesidades y deseos, se atiende a sí mismo y se relaciona desde un inconciente contrato de no-agresión.

La persona se relaciona desde la solidaridad, tratando a cada uno como igual.

Propone la vida en comunidad y es democrática en sus actitudes. Busca el encuentro y la comunicación. Da fraternidad, amistad, genera seguridad y libertad. Tiende a la alteridad; por ello, ha de ir al mundo -no salirse de él- para arrojarse a la aventura de hacerse a sí mismo y dar sentido a su existencia. El ser persona no se hereda, se conquista. La tarea de serlo incluye el drama de la soledad, pues no todos se esfuerzan por ser personas. Cada uno llega a ser en la medida en que se descubre en-la-historia y con historia. La tentación es instalarse y continuar siendo individuo-nadie. Tal tentación se vence desde el amor. Para **SER**, hemos de **darle un sentido a la vida**.

La persona se realiza amando; es lo que reafirma Rulla con su teoría de la “auto-trascendencia por el amor”. Quien ama es capaz de trascender y es capaz de ser persona. El amor, más aún, el amar, da sentido a la vida. Quien ama trata a los demás como personas, busca inter-actuar, impulsa y procura una relación yo-tú; sabe convivir; crea reciprocidad; vive una vida con sentido y ayuda a descubrirla. Sólo quien ama responde a la interrogante ¿para qué vivir? y la transforma en: ¿**Para quiénes he de vivir?** El amar también abre a Dios. Estamos de acuerdo con Víctor Frank que dice que, lo que da sentido a la existencia, es la auto-donación. El sentido absoluto de la vida lo da Dios, el que no falla y está siempre presente. Quien tiene un “para qué vivir”, encuentra la forma de darse. La antropología filosófica, más que explicar el cómo vivir, muestra el para qué vivir. Se propone encontrar en qué condiciones vale la pena vivir. Nos preguntamos: ¿Qué motivos tengo para vivir? ¿Qué cosas y personas dan sentido a mi vida? La capacidad de darle un sentido a la vida revela el grado de madurez de cada uno. En definitiva, Dios llama a todos a ser personas. Es la dimensión humana o antropológica de la vocación. Es la **vocación humana**.

El proceso vocacional incluye una búsqueda antropológica. Ser persona es: **hacerse ser**. La construcción real de una vocación depende -al comienzo- de la voluntad de ser y de crecer en la dimensión humano-afectiva. Depende de la experiencia de amar y ser amados. La inmadurez humano-afectiva obstaculiza el crecimiento de otras dimensiones, de ahí su importancia⁴. La primera tarea de los animadores vocacionales es **aportar herramientas** para el crecimiento humano-afectivo y de la libertad. Con ellas, cada uno podrá construir y vivir un proyecto de vida. Una vida integrada, con sentido, supone metas futuras. Desde el yo real, lo que somos, al yo ideal o lo que estamos llamados a ser, hay un camino. Existe un proceso a realizar. El **proceso antropológico** supone valores y motivaciones. Ellos impulsan a ser personas y a una vida con sentido. El valor primordial es Dios mismo.

⁴ Recuerdo a un joven -al que llamaremos “C”- que me visitó una vez. Por un lado, no podía separarse de su madre, buscaba agradaarla y esperaba su opinión sobre todo. Tenía grandes dificultades para optar. Por otro, había roto la comunicación con su padre y no lo veía desde hacía muchos años. Temía casarse y repetir la experiencia de divorcio de sus padres. Él mismo se sentía dividido internamente. Había dejado de estudiar y cambiaba con frecuencia de trabajo. Un joven así deberá cultivar su dimensión afectiva, libertad, responsabilidad y capacidad de opción. Sólo entonces estará en condiciones de elaborar un proyecto de vida.

Otros valores, como la familia y la fidelidad, son fundamentales. La motivación más profunda de la vida y el sentido de la vida se complementan y confunden.

El proceso según Kierkegaard. Para el filósofo el proceso antropológico pasa por tres estadios, etapas o estados que son “maneras de vivir la vida” y de entender el mundo. Ellos son: el estadio **estético** en el que el sujeto se mueve por lo que “me atrae y gusta”. La belleza exterior determina el comportamiento y la forma de mirar la realidad. Es la postura típica de los adolescentes, románticos y seductores. Es común en nuestra época, tan marcada por el culto a la belleza y por una insatisfacción permanente ante ella. Aunque es una etapa para soñar despiertos, es cambiante e inestable. Quien permanece en ella sólo ve lo exterior y tiene dificultad para hacer opciones permanentes. El segundo estadio es el **ético**. Supone distinguir entre el bien del mal y optar por el primero. La etapa estética mira hacia afuera, la ética hacia adentro. Hay aquí una doble elección: en primer lugar la persona opta por ser y busca la autenticidad; en segundo lugar sale de sí misma y elige de manera estable y reflexiva sobre la base de la moral. Hay entonces un progreso: se descubre la belleza del bien y de la verdad (Cf. CC 1750- 1761 y 1776-1802). En medio de una cultura con valores relativizados es fundamental impulsar hacia esta etapa. En tercer lugar, Kierkegaard habla del **estadio religioso** que permite entrar en relación con el Absoluto. El hombre lo necesita para encontrar un **sentido trascendente a su vida**. Él permite que “el hombre sea hombre” en plenitud, que trascienda al tiempo, al espacio y a sí mismo.

El proceso exige -además- integrar la historia personal y hacer consciente la herida primordial, es decir, aquella que está en la raíz de los miedos, reacciones, complejos y posturas. **El proceso se realiza en el amor**. Incluye revisar todo aquello que no es amor. Supone la realidad del mal. Mounier señala que la persona es un sujeto infinitamente complejo, que pide una conversión espiritual incesante (revolución personalista) y vive la expansión del espíritu (revolución comunitaria). Ambas expansiones llevan a una nueva visión del mundo (revolución ontológica). Si hay un problema vital para el hombre es la propia vida. Para Mounier, el corazón de la acción es la **decisión interior**. Existir es auto-realizarse, es optar por lo espiritual. Todo proyecto de vida tiene una **dimensión comunitaria** (Cf. CC 1877- 1896). El proceso personal tiene, como meta, la comunión con la familia humana y con Dios. En Dios el hombre alcanza la plenitud del ser y del existir. Juan Pablo II, en “Fides et Ratio” 26, se preguntaba: **¿Tiene sentido la vida?** ¿Hacia dónde se dirige? Respondía diciendo que ésta es la pregunta radical y genuinamente filosófica de la que no se sustrae hombre alguno. La respuesta a tal interrogante se realiza en la historia.

Resumimos el planteo a partir de tres imágenes: el turista, el protagonista y el peregrino. El primero “visita” el mundo, no se compromete en la construcción de su ser, se queda en la belleza exterior, elude responsabilidades y sacrificios. El protagonista se busca a sí mismo y asume compromisos para ser visto. No cultiva

su persona, sino su figura. El peregrino es aquel que tiene una meta, ha elaborado e intenta cumplir un itinerario o proyecto de viaje, da sentido a su caminar y lo hace con-otros. Ha optado por el bien, la verdad y por construir la comunión con los demás en Dios.

En síntesis, **Dios Padre nos llama a ser personas**. Tal Voluntad, en su dimensión humana o antropológica, es una vocación fundamental, común a todo ser humano. Podemos decir, de otra forma, que **la vida** tiene una **dimensión vocacional**, que no puede faltar en el proceso.

Siempre es importante verificar si el vocacionable ha madurado y crece como persona. La vida espiritual supone y necesita que la dimensión humana sea sólida. **Es imposible pensar en una Vocación específica sin las condiciones mínimas de desarrollo humano-afectivo y personales**. La interrogante de Jesús -en Juan 1, 35- 42- “¿qué buscan?” es un desafío común a todos y conduce al esfuerzo de ser y de darle un sentido a la vida (Cf. DA 244). La vocación humano-afectiva es el cimiento de una opción profesional o vocacional. **He aquí una misión al interno del servicio de animación vocacional (SAV)- Pastoral Vocacional** y el desafío para quienes buscan ser. Un desafío para nuestras parroquias y movimientos, desde una Iglesia que es Maestra en humanidad: ayudar a ser, a ser personas.

Para este tema: “ser-construirnos personas” proponemos cinco encuentros (a elaborar): Las claves motivadoras serían: conocerme, aceptar- aceptarme, integrar

- 1) La vida es un regalo a cuidar (salud física, psicológica, afectiva, familiar...)
- 2) ¿Cómo soy? Debilidades y talentos (Cf. Mt 25, 14 -27)
- 3) ¿Quién soy? Repaso de mi vida. ¿Quién es Dios para mí?; ponerle nombre,,, (Dios “es”, para mí...).
- 4) Re-aprender a agradecer, a perdonar, a pedir perdón, a perdonarme...
- 5) Me construyo en relación con otros (no al individualismo y al subjetivismo; ser en relación).

Para el trabajo personal:

¿Cómo ayudar a nuestros adolescentes y jóvenes a ser “personas”? ¿Cómo continuar nuestro proceso sin dejar de construirnos como personas?

Al decir de Menapache, en “La sal de la tierra”, Buenos Aires, 1977:

*Es poco lo que aparece,
Y mucho lo que hay detrás;
Para poder comprenderlo
Parate hermano a pensar.*

*Que el pasto no da la leche
Por mirarlo y nada más;
La leche la da la vaca
Después de mucho rumiar.*

*El que es turista en la tierra,
Anda nomás por andar;
No llega a ninguna parte
Porque no busca llegar.*

Como dijimos, **el número 63** del II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Vocaciones es clave. Afirma que: *Dios Hijo nos convoca a ser sus discípulos y sus misioneros.*

El segundo contenido es el llamado a ser discípulos de Jesucristo. Tal llamado, en su dimensión bautismal o cristológica, es una vocación común a todos los cristianos. La **fe** tiene una **dimensión vocacional**. Todo proceso espiritual ha de integrarla.

Jesús es el Maestro. El término aparece cuarenta y ocho veces en los Evangelios. Jesús acepta ser llamado Rabbí, es decir, Maestro. Él mismo se atribuye ese nombre (Cf. Jn 13, 13). Sus seguidores, aprendían a vivir teniéndolo en medio de ellos. Sin embargo, Jesús se distingue de los maestros de su tiempo. Generalmente el discipulado era a término, en cambio los discípulos de Jesús lo siguen durante toda la vida (Cf. Lc 9, 62). Mientras que aquellos servían a su maestro casi como los esclavos, los de Jesús son llamados amigos (Cf. Jn 15, 15). Aunque, en aquel tiempo las mujeres y los niños no eran considerados aptos para el discipulado, Jesús llama tanto a niños como a mujeres (Cf. Mc 10, 14 y Lc 8, 3). Mientras que los discípulos de un conocido maestro gozaban de fama y autoridad ante el pueblo, los de Jesús sufrirán persecución y calumnia (Cf. Mt 5, 11).

En la antigüedad, los maestros invitaban a sus discípulos a relacionarse con algo trascendente y los maestros de la Ley les planteaban la adhesión a la Ley de Moisés. Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida (Cf. Jn 15, 5- 15) y tiene palabras de vida eterna (Cf. Jn 6, 68). En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos descubren dos puntos originales: no fueron ellos los que escogieron a su maestro, fue Jesús quien los eligió. Además, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien. Fueron elegidos para vincularse íntimamente a una Persona (Cf. Mc 1, 17; 2, 14).

Los discípulos de Jesús aprenden a vivir según la voluntad del Padre y al mismo tiempo, descubren su Vocación y asumen el riesgo de la cruz. Tal discipulado, más que un privilegio, es una responsabilidad. Ahora, el discípulo es el que tiene conciencia de haber sido llamado a estar con Él y a la misión La enseñanza fundamental de Jesucristo es su propia Vida, Pasión, Muerte y Resurrección.

Cristo es la respuesta a las grandes interrogantes de la vida. “En este momento, con incertidumbres en el corazón, nos preguntamos con Tomás: “¿*Cómo vamos a saber el camino?*” (Jn 14, 5). Jesús nos responde con una propuesta provocadora: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14, 6). Él es el verdadero camino hacia el Padre, quien tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna (cf. Jn 3, 16)” (DA 101). La respuesta que Cristo ofrece a la persona es una novedad, que supera los proyectos personales e invita a hacer un acto de fe en Él, en su Palabra: “*en tu nombre echaré las redes*” (Lc 5,5) (Cf. Pre-congreso vocacional, Managua 2010).

La **llamada** de Jesucristo es una invitación personal, Él “*llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz*” (DA 277). Jesucristo nos llama por nuestro propio nombre, con nuestra historia, con nuestras cualidades y con nuestros defectos. “*Ustedes no me eligieron a mí, he sido yo quien los eligió a ustedes y los he preparado para que vayan y den fruto, y ese fruto permanezca*” (Jn 15,16).

La Vocación se gesta y se construye en un diálogo inefable entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. “*La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (Cf. Jn 10, 3). Es un “sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (Cf. Jn 14, 6). Es una respuesta de amor a quien lo amó primero “hasta el extremo” (Cf. Jn 13, 1). En este amor de Jesús madura la respuesta del discípulo: “Te seguiré adondequiera que*

vayas” (Lc 9, 57). (DA 136). “El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la cruz”. (DA 140).

La meta del llamado no somos, ni siquiera la transformación que produce en nosotros, sino la **misión** para la que Dios nos llama. “Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (Cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48)”. (DA 144). “Al participar de esta misión, el discípulo camina hacia la santidad” (DA 148; Ibíd.) y lo acepta como único Maestro (Cf. Mt 23, 8; DA 136).

Este itinerario comienza en el bautismo. “El sacramento del bautismo es el fundamento de toda vida cristiana” (CC 1213) y también de toda vocación. Nos hace miembros de Cristo. Él revela a cada hombre y a cada mujer su propio misterio (Cf. GS 22). La fe es un **don**. Por el bautismo somos llamados a ser discípulos. La fe cristiana parte del encuentro con la persona de Jesús, que suscita el deseo de seguirlo. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 243). La pregunta existencial que está en la base de tal desafío es: ¿Para quién voy a vivir?

Como discípulos suyos sabemos que sus palabras son Espíritu y Vida (Cf. Jn 6, 63. 68; DA 105). Hemos de asumir el mandamiento del amor, el ejemplo de su obediencia filial, su compasión ante el más débil como estilo de vida (Cf. DA 138, 139) y **su misión**. Tal discipulado, vivido **en comunidad**, es una gracia (Cf. DA 18) y una misión (Cf. DA 146).

El proceso de todo discipulado en Aparecida

El corazón espiritual de Aparecida es el número 278. Presenta cinco pasos:

El primer paso es el encuentro real y profundo con la Persona de Jesucristo Crucificado-Resucitado. Quienes serán sus discípulos ya lo buscan (Cf. Jn 1, 38), pero el Señor es quien los llama: “Sígueme” (Mc 1, 14; Mt 9, 9). Aunque el discípulo busque al Maestro, es Él quien lo busca primero. En el fondo, se trata de que cada uno se deje encontrar por Él. Este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal y la acción misionera de la comunidad. Sin este encuentro fundante y kerygmático, no será posible elaborar un proyecto de vida. Sin el kerygma, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad. Sólo así se da la posibilidad de una iniciación cristiana verdadera. El kerygma es, no solo el origen de la iniciación cristiana, sino el hilo conductor del proyecto (Cf. DA 278 a). La meta es una vida “en Cristo”. La meta final fue lo que

llevó a San Pablo a exclamar: “*y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2, 20)

El **segundo paso es la conversión**. No hay encuentro verdadero si éste no conduce a la conversión. De hecho, no es la persona la que se convierte, sino la que se deja convertir. Hablamos aquí no sólo de una conversión ética, sino a la Persona de Jesucristo. Supone pasar del yo real -es decir, de lo que soy- al yo ideal que es Cristo y a lo que estoy llamado a ser por el sacramento del bautismo y por Vocación. Es la construcción del yo cristiano, del yo espiritual, de la persona espiritual. Es una conversión como discípulos, para ser mejores discípulos. Es un cambio que afecta a la persona en su totalidad, que afecta su forma de ser y de vivir (Cf. DA 278 b). Se actualiza cada vez que celebramos el sacramento de la reconciliación.

El **tercer paso es el discipulado**. La persona, que ama a Jesucristo, profundiza en el misterio de su Persona (Cf. DA 278 c). Se alimenta, por un lado con la **oración personal y comunitaria** y, por otro, con la **Palabra de Dios**. Es de fundamental importancia la catequesis permanente y la vida sacramental para que pueda perseverar en la vida cristiana y en la misión. Así discernirá e iluminará la realidad personal y circundante. “En el fiel cumplimiento de su vocación bautismal, el discípulo ha de tener en cuenta los desafíos que el mundo de hoy presenta a la Iglesia de Jesús, entre otros: el éxodo de fieles a las sectas y otros grupos religiosos; las corrientes culturales contrarias a Cristo y la Iglesia... la escasez de sacerdotes en muchos lugares, el cambio de paradigmas culturales, el fenómeno de la globalización, la secularización, los graves problemas de violencia, pobreza e injusticia, la creciente cultura de la muerte que afecta la vida en todas sus formas” (DA 185). El discípulo ha de tener una clara conciencia de la realidad.

El discípulo ha de intentar vivir la misma gran opción de su Maestro: hacer la voluntad del Padre. Para ello, ha de imbuirse de sus sentimientos, ser sensible a los pobres y comprensivo con los pecadores, porque él mismo se sabe necesitado y pecador. Ha de ser cercano a sus semejantes (Cf. Mc 4, 3- 8. 26- 29; Lc 12, 16- 21) porque su Maestro fue cercano a los humildes y supo del hambre (Cf. Mt 4, 2), la sed (Cf. Jn 4, 7; 19, 28), el cansancio (Cf. Jn 4, 6- 7), la vida insegura y sin techo, la persecución, la angustia (Cf. Mt 26, 40), la negación (Cf. Lc 22, 55- 60) y el abandono (Cf. Mt 27, 46). La dinámica de la Encarnación llevó al Maestro a sufrir el dolor humano. La dinámica del discipulado lleva a ser solidarios con todas las situaciones humanas.

El verdadero discípulo ha de ser un ser libre (Cf. Lc 16, 19- 26; Lc 19, 1- 10; Lc 12, 15- 21; Lc 16, 13; Lc 12, 33- 35), ha de abandonarse en las manos del Padre (Cf. Lc 12, 22- 31; Lc 15; Lc 11, 1- 13), ha de tener misericordia y compasión (Cf. Lc 6, 27- 38), ha de ser amigo (Cf. Lc 10, 17- 24). Ha de poseer sus valores (Cf. Lc

7, 11- 17; Lc 4, 38- 41) y combatir las divisiones creadas por los hombres (Cf. Lc 10, 29- 37; Lc 7, 6; Lc 20, 46- 47), especialmente aquellas que deshumanizan (Cf. Lc 5, 17- 26; Lc 9, 12- 17; Lc 8, 22- 39; Lc 8, 42- 48). Para ello, ha de cultivar la oración, ha de tener una **espiritualidad encarnada** y una **espiritualidad de comunión**, una oración que prolongue la Creación y la Encarnación y que asuma la historia humana y la vida de la gente. Jesús nos enseña orar por los otros. Siempre, se ha de volver la mirada al Maestro La oración diaria del discípulo será un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo-misionero. El proceso no puede sino apoyarse en la oración y en la Palabra.

El cuarto paso es la vida en una comunidad eucarística. El discípulo **se alimenta de la Eucaristía** pues *“cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre”* (DA 255). La Eucaristía es Misterio de comunión con Dios, la Iglesia y la realidad social. No sólo es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo, también lleva al compromiso con el prójimo (Cf. DA 251). *“La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero”* (DA 252). Al decir de Benedicto XVI: *“¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor que transformará Latinoamérica y El Caribe para que además de ser el Continente de la esperanza, sea también el Continente del amor!”* (DA 128).

El verdadero discípulo no puede creer “a su manera”. Ha de cultivar la participación en el **espacio vital de la comunidad** (Cf. DA 278 d). *“La vida en comunidad es esencial a la vocación cristiana”* (DA 164). *“En la Eucaristía, se nutren las nuevas relaciones evangélicas que surgen de ser hijos e hijas del Padre, hermanos y hermanas en Cristo. La Iglesia que la celebra es “casa y escuela de comunión”, donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora”* (DA 158). El discípulo ha de tener **sentido de pertenencia** a una comunidad pastoral y de vida (Cf. *Ibíd.*). Quien es individualista es un mal discípulo.

El quinto paso es la misión. Un buen discípulo es **misionero** (Cf. DA 184; 278 e). Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno. Allí cumple su promesa: *“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18, 20). *Está en todos los discípulos que procuran hacer suya la existencia de Jesús y vivir su propia vida escondida en la vida de Cristo”* (Cf. Col 3, 3) (DA 256).

Este itinerario formativo de parte de la Iglesia y el proyecto de vida del discípulo se necesitan, se complementan mutuamente. La puesta en marcha del proyecto de vida exige, por otra parte, testigos que avalen dicho proceso. El acompañamiento espiritual-vocacional es clave para que cada uno se encuentre y

convierta a Jesucristo, asuma su historia personal como historia de salvación, integre su propia realidad de pecado y viva como gracia los sacramentos, especialmente la reconciliación y la Eucaristía. Tal discípulo no podrá contener su vivencia y será necesariamente misionero.

“Aparecida” agrega que son lugares o espacios para la formación de los discípulos: la familia, la parroquia, las pequeñas comunidades de vida, los movimientos y la educación.

Los **cinco pilares** sobre los que ha de apoyarse el discipulado son: oración, Palabra de Dios, Eucaristía-Reconciliación, vida fraterna y acompañamiento personalizado. Las parroquias, movimientos, etc. y la Animación Vocacional (SAV)-Pastoral Vocacional (PV) tienen su aporte específico en este itinerario.

El Documento final de Aparecida agrega que se ha de *“proponer a los jóvenes el encuentro con Jesucristo vivo y su seguimiento en la Iglesia, a la luz del Plan de Dios, que les garantiza la realización plena de su dignidad de ser humano, les impulsa a formar su personalidad y les propone una opción vocacional específica: el sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio. Durante el proceso de acompañamiento vocacional se irá introduciendo gradualmente a los jóvenes en la oración personal y la lectio divina, la frecuencia de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la dirección espiritual y el apostolado”* (DA 446 c). Éste número es clave. Reafirma el proyecto de vida propuesto: un encuentro con Jesucristo vivo en la Iglesia, la conversión y el discipulado. Expresa claramente que **el itinerario incluye una opción vocacional específica**. He aquí el desafío para nuestras pastorales, movimientos y parroquias⁵.

Necesitamos “re-elaborar una teología del bautismo desde la perspectiva vocacional, de tal manera que se la asuma como fuente de la vocación cristiana cualesquiera sean sus caminos-, sostenga el compromiso bautismal y vocacional de todo cristiano y motive una mayor conciencia de la corresponsabilidad eclesial en el cultivo de las vocaciones” (CR 97).

El seguimiento de Jesucristo en grupo -o pequeña comunidad- es fundamental. También es importante que la Animación Vocacional verifique que el

⁵ Recuerdo el encuentro con un joven al que llamaremos “D”. Salía de una situación límite, había tenido un encuentro con Cristo en la parroquia y quería seguirlo. Para expresar su conversión había dejado todo: pequeños bienes materiales, familia y estudio. En primer lugar lo ayudé a conocerse mejor, valorarse a sí mismo y a su familia, aceptar sus potencialidades y volver al estudio. Después, le sugerí leer el Evangelio de Mateo desde la pregunta: ¿Cómo puedo seguir a Jesucristo?

vocacionable intenta vivir como discípulo. La vida espiritual supone y necesita que la dimensión cristiana sea sólida. **Es imposible pensar en una Vocación específica si la persona no vive como discípulo y en comunidad de discípulos.** Sin este nivel será imposible hablar, plantear, esperar o formar vocaciones para un estado de vida determinado. La afirmación de Jesús, citada en Juan 1, 35- 42: “*vengan y vean*” nos impulsa a que el encuentro con el Maestro sea dinámicamente real y permanezca en nosotros para que cada discípulo pueda permanecer en Él y en su amor (Cf. Jn 15, 9. DA 245).

Para “aterrizar” este contenido les proponemos “armar” las siguientes propuestas:

- 1) La fe es un encuentro y una opción de “convertimos permanentemente”, que “confirmamos” y alimentamos (Cf. Cf. DA 278^a - e) en comunidades Eucarísticas y misioneras.
- 2) Servidores del Pueblo de Dios (nadie se salva solo)
- 3) Discipulado (incluye: Oración personal y comunitaria (Lectio), vida sacramental, servicio “compasivo y solidario”, especialmente a los pobres y sufridos)
- 4) Opción: por el bien, la coherencia, la auto-donación, el sacrificio, la honradez, la paciencia, el bien común, el trabajo en equipo...

El tercer contenido básico es la ya señalada **distinción entre Vocación y profesión**. Después que este punto esté claro se ha de proponer la elaboración de un proyecto de vida, se han de presentarse los tres estados de vida y la necesidad de una búsqueda seria y responsable.

El cuarto contenido fundamental es la elaboración del **proyecto de vida en Jesucristo** (Valor final y verdadero). Ha de incluir aspectos pedagógicos y **ha de ser vocacional**. ¿Quién soy? ¿Cómo seguir a Jesús? ¿Cuál es mi Vocación? Estas y otras propuestas, desencadenan la búsqueda personal con la metodología y pedagogía propias de la Pastoral Juvenil. La elaboración del proyecto **ha de ser “procesual” y personalizado**, ha de tener en cuenta la dimensión: psico-afectiva (ser, poseerse, donarse en el amor), socio-cultural (convivir y comunicarse), política (situarse y comprometerse históricamente), técnico-metodológica (hacer y construir) y mística-teologal (trascender).

El quinto contenido fundamental es la necesidad de escuchar la voz de Dios que llama a un estado de vida.

Durante esta etapa sugerimos pasar de un acompañamiento informal por parte del guía de jóvenes, del asesor laico de pastoral juvenil, del catequista, del religioso, consagrado o directamente del sacerdote (la charla espontánea con la invitación a conversar, a compartir ¿cómo andás?, ¿cómo te sentís?...a profundizar la fe o los problemas propios de esa etapa de la vida) a un acompañamiento formal. El joven podrá así tomar conciencia de que Dios lo llamará o lo llama a una Vocación- misión concreta y se podrá asumir en estado vocacional. Pero, antes de comenzar un acompañamiento formal, se ha de verificar si hay un mínimo de disposiciones y posibilidades de responder a una Vocación consagrada: si existe un cierto nivel de estudio concreto (que esté estudiando con una cierta responsabilidad y que en 12 no tenga- por ejemplo- 9 materias bajas), de permanencia al grupo juvenil, al menos de unos meses, de querer asumir la propia familia, vida y amistades, de plantearse metas, etc. Para verificar esto se pueden hacer tres entrevistas previas mínimas como sondeo viendo también si no están presentes las contraindicaciones de las cuales hablaremos más adelante. Muchas veces conviene proponer un retiro vocacional al comenzar el acompañamiento.

En esta etapa se puede complementar el proceso con encuentros, jornadas y retiros vocacionales. La línea ignaciana motivadora de la etapa es el “principio y fundamento”.

Sirven aquí como textos bíblicos: Jn 1, 40- 42; Lc 18, 18- 22; Lc 5, 1- 11; Lc 5, 27- 29; Lc 9, 23- 24; Lc 9, 57- 62; Lc 14, 25- 27. 33, etc. Son los distintos llamados que hace Jesús. Sería importante preguntarnos: ¿**Cuál es el horizonte mínimo de esta etapa**? Éste debe tener las características de la madurez humano-afectiva y del compromiso espiritual-ecclesial-pastoral.

2. Etapa del Discernir

El objetivo principal es el discernimiento.

Supone que, tanto la dimensión humana como la bautismal (compromiso) se van desarrollando y que la persona está en condiciones de optar por un estado de vida. Presume el ejercicio de la libertad, la responsabilidad, la sinceridad, convicciones firmes, coherencia con los propios valores, conocimiento de límites y posibilidades, no mezclar la vocación humana-cristiana con valores incompatibles y obrar según las normas del propio grupo. ¿Cuándo comienza la etapa? Cuando la persona es capaz de trabajar y amar. Durante el proceso grupal y la integración parroquial o al movimiento, cada uno hace sus pequeñas y grandes opciones: aceptarse y seguir conociéndose, ser de esta o de aquella forma, vivir, compartir, celebrar la fe comunitariamente, estudiar, elaborar un proyecto de vida según los criterios del Evangelio, buscar y definir su Vocación específica. Cuando se comienza- generalmente en la etapa de la militancia de la Pastoral Juvenil- a hacer tales opciones se está en condiciones de discernir y de hacer una opción de vida.

Es esta capacidad de opción la que da ánimo, seguridad, claridad y la que consolida el crecimiento vocacional llevándolo al discernimiento. Aquí se presentan las vocaciones eclesiales: **laical, sacerdotal y religiosa-consagrada**. Cada uno ha de discernir cuál es la “suya.” Para ello, es importante que busque un referente espiritual o acompañante y ejercite la forma en que toma decisiones.

El sexto contenido es el tema de la libertad. No todos son libres en un mundo de dependencias internas y externas. Este valor es determinante en la conquista de la personalidad y decisivo para comenzar la etapa del discernir pues sólo discierne quien es libre. La condición fundamental es “administrarse a uno mismo”, ser libre es haber logrado independencia, ser alguien que actúa por sí mismo. Aquí hablamos de libertad “para ser”. La libertad tiene vertientes: liberarse de la esclavitud, del miedo, de la ignorancia, de la miseria y liberarse para ser uno mismo. Levinas afirma que la libertad es la capacidad de responder personalmente al llamado del otro, es decir que, más me realizo cuanto mejor escucho y respondo al prójimo. Libertad es la capacidad de ser alguien frente a los otros, en el mundo. Se construye con pequeñas opciones libres; de ahí la importancia de aprender a hacerlas. Supone el amor, pues amar es donarme totalmente a alguien en libertad. El amor es libre y es el mejor campo para ejercer la libertad. Podemos decir que el hombre no pierde nunca su libertad metafísica o potencialidad, pero sí, su libertad existencial o funcional, de ahí la importancia de buscarla permanentemente. Así entendida, la libertad es un don y una tarea. San Pablo habla de “la libertad de los hijos de Dios”, cuando la persona no se mueve por miedo o intereses materiales, sino por la fe. La verdadera libertad acepta a Dios. La elaboración de un proyecto de vida supone, pues, un estado de libertad (Cf. CC 170- 174).

El séptimo contenido es el discernimiento propiamente dicho. Se hace desde las cuatro fases de la personalidad:

- fase de la personalidad social”: donde predomina el discernimiento desde la realidad social.
- “fase de la personalidad cristiana”: donde predomina el discernimiento personal para encarnar la propuesta evangélica desde la consideración de los diferentes carismas y estados de vida.
- “fase de la personalidad eclesial”: donde predomina el discernimiento para llegar a asumir los ministerios eclesiales al servicio del Pueblo de Dios.
- “fase de la deliberación y elección vocacional”: donde el acompañamiento espiritual-vocacional tiene un puesto decisivo a la hora de recapitular el llamado a través de todas las experiencias vividas hasta el presente, de responder sin condiciones en generosidad y responsabilidad, de asumir -de manera libre, noble y conciente- el riesgo propio de toda vocación: el amor y el servicio” al decir de Santillana.

Es importante enseñar a discernir como lo hizo Jesús que no solo optó por el bien, sino que eligió adecuadamente los medios, que no eligió medios eficaces según la mentalidad de su época sino que, desde el valor de la solidaridad con el débil y la fidelidad a la voluntad del Padre Dios, amó incondicionalmente. Recién en esta etapa se puede hablar de carismas, madres fundadoras, etc., sin influir en quien aún no ha cerrado el discernimiento totalmente.

3. Etapa del cultivar

Objetivo principal: cultivo de la Vocación específica

El octavo tema primordial es el cultivo del **don recibido (Vocación específica)**. Comúnmente, para la vida religiosa, consagrada y sacerdotal, esta etapa se realiza en casas de formación. Se trata de responder, con fidelidad, al llamado recibido. Tiene como objetivo la formación inicial. Cada uno ha de formarse para lo que Dios llama. Es clave que cada uno sepa, con cierta profundidad, “qué va a ser”, y se deje formar para ello. Es igualmente importante que el proceso sea enriquecido con retiros, encuentros, misiones vocacionales, etc. La primera inquietud vocacional ha de complementarse ahora con la actividad intelectual y con espacios de crecimiento afectivos, pastorales, comunitarios y, especialmente, espirituales. Durante la presente etapa es importante aportar elementos para que la persona se conozca más, lo integre todo y se reconcilie consigo mismo, pues la Vocación-misión supone una persona en paz consigo mismo.

La temática fundamental se apoya en la presentación de las características y exigencias de la Vocación recibida, de tal manera de que, cada uno, se vaya configurando a ella. Se trata de que cada uno verifique su idoneidad y ésta sea avalada por sus formadores. Se forma cada uno en Iglesia. Es la Iglesia la que forma. Estas dos afirmaciones se complementan y necesitan. Las líneas ignacianas motivadoras de la etapa son: la contemplación de “Cristo Rey”, “las dos banderas”, “los tres binarios”.

Aquí es clave hacer un acompañamiento frecuente que ayude a verificar además de la vocación, la madurez afectiva-espiritual, el conocimiento personal, la firmeza en la fe, la vivencia de la comunidad, el deseo de ordenar la vida según el Evangelio, los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía, la sensibilidad ante los necesitados, los pobres, la experiencia de oración como diálogo, la capacidad de reflexión propia, la disponibilidad, la apertura a la formación.

Es clave ayudar en esta etapa a una revisión: del auto-conocimiento, auto conocimiento que genera como conducta el deseo de conocerse y como problema el auto engaño; de la auto- valoración, es decir la auto aceptación que genera como conducta el aprecio personal y como dificultad -común en esta época- la auto-desvalorización; de la auto confianza que genera seguridad personal y que lleva al desafío de sentirse “capaz de...” pero que tiene como dificultad la inseguridad; del auto- control o auto disciplina que lleva al organizarse pero que tiene como dificultad en muchos casos, el descontrol; de la auto afirmación y auto realización, es decir, la auto- trascendencia que propone una vida autónoma y desarrollar las propias potencialidades, pero que tienen como dificultad la auto- dependencia y tendencias a no ser.

También es clave en esta etapa la revisión de la autoestima que lleva al amarse a uno mismo y como dificultad -también “descalificante”- la auto destrucción. Un tema central aquí es la opción por Cristo y en Cristo. A esta etapa también corresponde el matrimonio.

4. Etapa del Acompañar

Se realiza, para la vida consagrada y sacerdotal en casas de formación o a partir de la ordenación, los votos simples, etc. Incluye, especialmente, la formación permanente inicial. Aquí se ha de **integrar** toda la vida y la personalidad desde la Vocación que ahora, se va “experimentando”. Un desafío pastoral es el acompañamiento de los matrimonios y familias integradas. **El tema central es el de la fidelidad**⁶.

⁶ Bibliografía: 1) “La Pastoral Vocacional en el Continente de la Esperanza”, Itaicí, Bogotá 1994 y II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones, Cartago, Costa Rica; Documento Conclusivo, Publicaciones CELAM 2011. 2) Silva C., “Vocación: don, identidad y misión” y “¿Dios sigue llamando? Pastoral de las Vocaciones: desafíos en tiempos de crisis”. 3) Otros Contenido 1: Buber M., “¿Qué es el hombre?”, México 1960, 12- 13. Cuartagno C., “La Persona es relación”, Cuadernos monásticos (161), abril- junio 2007, 157- 158 y 189. Marichal C., “Antropología filosófica”, Montevideo 2002. Kierkegaard, “Estadios en el camino de la vida”, 1845. Contenido 2: www.jesucristo.net. Prado Flores J., “Formación de Discípulos”, “El Maestro y el discípulo”, Kerigma, Rafaela, Argentina, en www.agentespastoral.com e info@agentespastoral.com.ar.

Otros: Beron J., “Etapas de educación en la fe en Pastoral Juvenil”, CELAM, Bogotá 1999. “Biblioteca Electrónica Cristiana”, BEC, VE Multimedios. Bonffeur A., “Orientacoes para uma pastoral vocacional”, Río de Janeiro 1983. CNBB, “Guia pedagógico de pastoral vocacional”, S. Paulo 1983. Cencini A., “La Cruz, verdad de la vida”, Lima 2003. Cigoña J., “Acompanhamento vocacional, un caminho”, S. Paulo 1988. De Mezerville G., “O processo da auto estima, curso de acompañamiento”, Porto Alegre 1996, 97 y “El aprendizaje de la autoestima como proceso educativo y terapéutico”, Revista Educación (Vol 17, N 1) S. José de Casta Rica 1993. Dutra Pessoa, “Experiencia de discernimiento vocacional”, Itaicí 1994. Dutra Pessoa J., “Curso para orientadores vocacionais”, S. Pablo 1991. García C., “La dirección espiritual”, Lima 1988. Gamarra S., “Teología Espiritual”, BAC, 2000. Jesuítas, “Guía vocacional da Companhia de Jesús; orientacoes e subsídios”, S. Paulo 1986. “Pastoral Juvenil, Discernir y realizar el Proyecto de Vida”, Cuarto Seminario Nacional de asesores,

En esta etapa no cualquiera sabe acompañar, sin embargo este acompañamiento es el que hace posible la realización de la propia Vocación que enfrenta las dificultades propias de un estado de vida y que ahonda en la experiencia de la fidelidad de Dios.

Para el trabajo personal:

1. ¿Cómo acompañar en el despertar vocacional generando procesos vocacionales?
2. ¿Cómo ayudar a discernir en libertad y responsabilidad?

Nueva Helvecia 2.000. Rubiano C., "Pastoral para candidatos", Bogotá 1982. Rogers C., "El proceso de convertirse en persona", Paidós 1991. Salles J.,- Pighetti A., "Retiro de Opcao de Vida", S. Paulo 1989. Santillana, "Hacia un nuevo discernimiento vocacional", Itaicí 1994. Sastre García, "El acompañamiento espiritual", Madrid 1993. Zueco V., "Acompañamiento vocacional" (16), Buenos Aires. Zueco, Entrevista vocacional (33), Buenos Aires.